

Sábado al anochecer

Érase una vez cinco soldados franceses que hacían la guerra, porque así son las cosas.

El primero, antaño alegre y aventurero, llevaba colgado del cuello el número de matrícula 2124 de un banderín de reclutamiento del departamento del Sena. Las botas que calzaba se las había quitado a un soldado alemán, y esas botas se hundían en el barro, de trinchera en trinchera, a través del laberinto dejado de la mano de Dios que llevaba a las primeras líneas.

Los cinco iban hacia las primeras líneas, siguiéndose el uno al otro, penosamente, paso a paso, maniatados a la espalda. Les custodiaban hombres armados con fusiles, de trinchera en trinchera—floc-floc, hacían en el barro las botas arrebatadas a un alemán—, hacia el gran reflejo frío del anochecer más allá de las primeras líneas, más allá del caballo muerto y de las cajas de munición perdidas y todos esos objetos perdidos en la nieve.

Había nevado mucho, y era a principios del primer mes de 1917.

El 2124 avanzaba por las zanjas arrancando sus piernas del barro, paso a paso, y a veces uno de aquellos hombres, cambiando su fusil de hombro, le ayudaba tirándole por la manga de su viejo capote, tirando de la tela de su capote rígido, sin pronunciar palabra, ayudándole a sacar una pierna tras otra del barro.

Por lo demás, había los rostros.

Decenas y decenas de rostros, todos alineados del mismo lado de las angostas trincheras, con ribetes de barro en los ojos, observando el paso de los cinco soldados agotados que inclinaban el peso del cuerpo hacia delante para poder andar, para llegar más lejos, hasta las primeras líneas. Bajo los cascos, con el resplandor del anochecer detrás de los árboles tronchados, contra los muros de tierra perversa, las miradas mudas en ojeras de barro seguían un instante, una tras otra, el paso de los cinco soldados maniatados con cuerdas.

El 2124, alias Eskimo, también llamado Bastoche, era carpintero en sus buenos viejos tiempos. Aserraba maderos, los pasaba al cepillo, se ocultaba para beber un blanco seco entre armario y armario de cocina —un vino blanco en el bar de Petit Louis, rue Amelot, París—, y cada mañana se enrollaba alrededor de la cintura una larga faja de franela. Vueltas y vueltas y vueltas. Su ventana daba sobre tejados de pizarra y vuelos de palomas. Tenía una chica de pelo negro en su habitación, en su cama, que decía... ¿qué era lo que decía?

Cuidado con el hilo.

Los cinco soldados franceses que hacían la guerra avanzaban con la cabeza desnuda hacia las trincheras de primera línea, con los brazos maniatados con cuerda empapada y tiesa como la tela de sus capotes, y a veces, a su paso, se alzaba una voz tranquila, nunca la misma, una voz neutra que decía cuidado con el hilo.

Era carpintero y había sido sometido a consejo de guerra por mutilación voluntaria. Habían encontrado quemaduras de pólvora en la herida de su mano izquierda y le habían condenado a muerte. No era verdad. Había querido quitarse una cana del pelo. Un fusil, que ni siquiera era el suyo, se disparó solo, porque del mar del Norte a las montañas del Este, el diablo se albergaba en los laberintos que el hombre había excavado. No había podido quitarse la cana.

En el año 1915 le habían citado en el parte y le habían dado dinero por unos prisioneros. Tres. El primero en Champaña. Con las manos en alto, abiertas, una mecha amarilla sobre el ojo y hablaba francés. Decía... ¿qué decía?

Cuidado con el hilo.

Los otros dos se habían quedado cerca de uno de los suyos que se moría con algo en el vientre, esquirlas de fuego, esquirlas de sol, esquirlas. Bajo un carricoche medio incendiado, con sus gorras grises ribeteadas de rojo, arrastrándose sobre los codos, no se les había caído la gorra, hacía sol aquel día, camarada. ¿Dónde fue? En lo profundo del verano del año 1915, en cualquier parte. Una vez había bajado de un tren en un pueblo y en el andén de la estación había un perro que ladraba. Ladraba a los soldados.

El 2124 era vivaz y robusto, con los hombros fuertes del hombre trabajador que había sido, en su juventud, cuando se fue a América, aventurero y alegre. Hombros de leñador, de carretero, de buscador de oro, que le hacían parecer más pequeño. Ahora tenía treinta y sie-

te años, casi ese mismo día, y se creía todas las cosas que le habían dicho para justificar la desgracia y que se encuentran enterradas en la nieve. Había cogido las botas de un enemigo que ya no las necesitaba, para cambiar, bien repletas de paja o de papel de periódico, sus viejos chanclos durante las noches de guardia; le habían condenado en una escuela por mutilación voluntaria, y en otra ocasión también, desgraciadamente, porque estaba borracho y había hecho una tontería con sus camaradas, pero la mutilación no era verdad. Le habían citado. Hacía lo mejor que podía, como los demás, y no comprendía lo que le estaba pasando. Iba el primero delante de los cinco por ser el de más edad, por las trincheras inundadas, con sus anchos hombros tensos hacia delante, bajo las miradas con ojeras de barro.

El segundo soldado con los brazos maniatados era el 4077 de otro banderín de reclutamiento del departamento del Sena. Todavía conservaba una chapa con su número debajo de la camisa, pero todo lo demás se lo habían arrancado como a sus compañeros, signos e insignias, incluso los bolsillos de la guerrera y del capote. Había resbalado a la entrada de las trincheras y su ropa empapada le helaba hasta el corazón, pero quizá no hay mal que por bien no venga, porque el frío había mitigado el dolor de su brazo izquierdo, que no le dejaba descansar desde hacía varios días, y también su espíritu, adormecido a causa del miedo, que apenas distinguía hacia dónde andaba, como hacia el final de un mal sueño.

Era cabo, antes de ese sueño, porque se necesitaba uno y porque en su sección habían querido que lo fuera, pero detestaba los grados. Tenía la convicción de que algún día los hombres serían libres e iguales entre sí, los soldados con todos los demás. Él era soldador, en Bagnaux, cerca de París, tenía una mujer, dos hijas, y maravillosas frases en la cabeza, frases aprendidas de memoria que hablaban del obrero en todo el mundo, y que decían —sí, bien sabía lo que decían desde hacía más de treinta años; y su padre, que tantas veces le había contado el tiempo de las cerezas, lo sabía también.

Desde siempre sabía —su padre, que lo había aprendido de su padre, se lo metió en la sangre— que los pobres fabrican con sus manos los cañones para hacerse matar pero son los ricos quienes los venden. Había intentado explicarlo en los acantonamientos, en las granjas, en los bares de los pueblos, cuando la patrona enciende las lámparas de petróleo y los gendarmes te suplican que te vayas a casa,

sois todos buena gente, a dormir. Y había tanta miseria entre la buena gente, y el vino, que es el compañero de la miseria, embrutecía tanto su mirada que cada vez sabía menos cómo llegar a ellos.

Algunos días antes de Navidad, cuando subía al frente, había corrido el rumor de lo que habían hecho algunos. Cargó su fusil y se disparó en la mano izquierda, muy deprisa, sin mirar, sin darse tiempo de reflexionar, sólo para ser como ellos. En aquel aula donde le habían condenado eran veintiocho, y todos habían hecho lo mismo. Estaba contento, sí, contento y casi orgulloso, aunque fueran veintiocho. Aunque no llegara a verlo, ya que el sol se ocultaba por última vez, sabía que llegaría el día en que franceses, alemanes y rusos —«y la gorra con nosotros», decía—, el día en que nadie querría combatir, nunca, por nada. En fin, así lo creía. Tenía los ojos azules, de ese azul muy pálido salpicado de pequeños puntos rojos que a menudo tienen los soldados.

El tercero venía del departamento de Dordoña y llevaba en la chapa del pecho el número 1818. Cuando se la dieron meneó la cabeza con un sentimiento extraño, porque en el hospicio y en los centros por los que pasó durante su infancia, en su taquilla del refectorio o en el dormitorio siempre era la 18. Desde que había aprendido a hacerlo andaba con paso pesado, más pesado aún por el barro de la guerra. Todo en él era pesado, paciente y obstinado. También, él había cargado su fusil y se había disparado en la mano —la derecha, pues era zurdo—, pero sin cerrar los ojos. Al contrario, había contemplado toda la operación con una mirada atenta, ajena a este mundo, esa mirada que nadie conoce en los demás porque es la de la soledad. Hacía mucho tiempo que el número 1818 hacía su propia guerra, en solitario.

Cuidado con el hilo.

De los cinco soldados, el 1818 era seguramente el mejor y el más temible. Durante treinta meses de ejército nunca había dado de qué hablar y nunca habían hablado de él. Lo recogieron en su granja una mañana de agosto, lo subieron a un tren y le dijeron que, si quería volver, procurara salvar su vida; no había comprendido nada más. Una vez estranguló a un oficial de su compañía. Fue en Woëvre, durante una ofensiva. Nadie lo supo. Le estranguló con sus propias manos, poniéndole una rodilla sobre el pecho, luego recogió su fusil, echó a correr bajo las ráfagas de fuego, nada más.

Tenía mujer, hospiciana también, y desde que estaba lejos recordaba la suavidad de su piel. Era como un desgarrón en su sueño. Y a menudo recordaba el sudor que perlaba su piel, tras haber trabajado juntos todo el día, y sus pobres manos. Las manos de su mujer eran duras y ajadas como las de un hombre. En la granja habían tenido hasta tres jornaleros al mismo tiempo, que no ahorran esfuerzos, pero todos los hombres se habían ido a la guerra, y su mujer, que tenía veintiún años, nueve menos que él, era la única que ahora se ocupaba de la granja.

Durante su primer permiso le hizo un niño que andaba ya de una silla a otra, que era fuerte como él, y a ese niño le debía un segundo permiso. Tenía la piel suave como su madre y le llamaron Baptistin. Había tenido esos dos permisos en treinta meses, más uno clandestino, que no le llevó más allá de la estación del Este en París. Pero su mujer, que apenas sabía leer ni escribir, comprendió a mil kilómetros de distancia lo que había que hacer y él había llorado por primera vez en su vida. Nunca hasta entonces había llorado, no recordaba una lágrima desde su primer recuerdo —un árbol de los que llaman plátanos, la corteza, su olor—, y sin duda, con un poco de suerte, no volvería a llorar jamás.

El tercero era el único de los cinco soldados condenados que creía todavía en la posibilidad de que no les fusilaran. Se decía que, para fusilarles, no se hubieran molestado en llevarles a otro frente y hasta las primeras líneas. El pueblo donde había tenido lugar el proceso estaba en el Somme. De salida eran quince, sin circunstancias atenuantes, y después fueron diez, y después cinco. En cada parada se perdía alguno. Ignoraba su suerte. Habían viajado toda una noche en tren, y un día tras otro les habían hecho subir a distintos camiones. Fueron hacia el sur, después hacia poniente, después hacia el norte. Después, cuando ya sólo eran cinco, echaron a andar por una carretera, con una escolta de dragones enfurruñados por aquella misión. Les dieron agua y galletas y les cambiaron los vendajes en un pueblo en ruinas que no sabía dónde quedaba.

El cielo estaba blanco y vacío, la artillería había enmudecido. Hacía mucho frío y, más allá, aquella carretera embarrada, medio hundida por la guerra y que cruzaba ese pueblo sin nombre, todo estaba cubierto por la nieve, como en los Vosgos. Ni barrancos ni colinas para que murieran los hombres, como en Argonne. Y el puñado

de tierra que había cogido con sus manos de campesino no era de Champaña ni de Meuse. Era una cosa que el sentido común rehusaba reconocer, y, para creérselo, había necesitado encontrar un viejo botón de uniforme al que el soldado que le precedía por la trinchera había pateado delante de él: habían vuelto a la zona de la que habían salido, donde moría la gente de Terranova, en los confines de Artois y de Picardía. Lo único que había sucedido era que durante las setenta y dos horas que habían estado lejos había caído nieve, pesada y silenciosa, paciente como él, y lo había recubierto todo, las llagas de los campos, la granja incendiada, el tronco de los manzanos muertos y las cajas de munición perdidas.

Cuidado con el hilo.

El que le seguía por la trinchera, el cuarto de los cinco soldados, sin casco ni insignias, ni número de regimiento, ni bolsillos en la guerrera o en el capote, ni fotos de familia, ni cruz de cristiano ni estrella de David o media luna del Islam, ni nada que pudiera dar algún calor más que el corazón latiendo, ése, con la matrícula 7328 de un banderín de reclutamiento de las Bouches-du-Rhone, nacido en Marsella de emigrantes italianos, ése se llamaba Ange. En opinión de todos los que le habían conocido, nunca un nombre había sido tan mal llevado durante los veintiséis años que había pasado sobre la tierra.

Sin embargo era casi tan bello como los ángeles, y gustaba a las mujeres, incluso a las mujeres virtuosas. Era esbelto de talla, largo de músculos, ojos más negros y misteriosos que la noche, con dos hoyuelos a ambos lados de su sonrisa, otro en el mentón, y la nariz lo bastante napolitana como para jactarse delante de sus camaradas de compañía con un refrán de guarnición —«Porra grande, picha grande»—, y tenía el pelo tieso, el bigote principesco, el acento más suave que una canción y sobre todo el aspecto de alguien a quien se debe amar. Pero quienes se habían hundido alguna vez en su mirada de miel, quienes habían probado su egoísmo de mármol, podían decirlo: era astuto, tramposo, pendenciero, ladrón, amuermante, cobarde, falso incluso cuando juraba por su madre muerta, traicionero, traficante de tabaco y de prostitutas de guerra, avaro de un gramo de sal, llorón cuando el obús caía cerca, matamoros cuando era otro regimiento el que subía al frente, de profesión inútil y, por propia confesión, el más miserable y despreciable de todos los «pobres gilipollas del frente». Salvo que, como no había tenido tiempo de ver muchos, no estaba muy seguro de ello.

Todo lo referido al frente el 7328 lo había conocido durante tres meses, los tres últimos meses del año que terminaba. Antes había estado en un campo de entrenamiento, en Joigny. Había aprendido a conocer algunos buenos vinos de Borgoña, al menos por la etiqueta, y a desviar hacia el vecino el mal humor de los oficiales. Antes aun había estado en la cárcel de Saint-Pierre, en Marsella, donde cumplía una pena desde el 31 de julio de 1914, una condena de cinco años por algo que él llamaba «un asunto de corazón» —o «de honor», según hablara con una mujer o con un hombre—, pero de hecho se trataba de una lamentable disputa ventilada entre proxenetas de barrio.

Aquel verano, el tercero que pasaba detrás de los barrotes, recogieron hasta los antepasados y los presos de derecho común para resucitar los regimientos reducidos a nada. Le habían dado a escoger. Había decidido, de acuerdo con otros apostantes sin seso, que la guerra era un asunto de semanas, y que los ingleses o los franceses forzosamente iban a hundirse en algún sitio y que se vería libre antes de Navidad. En virtud de lo cual, después de pasar dos semanas en Aisne enterrándose en los agujeros para protegerse de los obuses, había vivido cincuenta días que equivalían a cincuenta veces cien años de penal —en Fleury, en Bois Chauffour, en la colina de Poivre—, cincuenta eternidades de horror, segundo a segundo, espanto tras espanto, para volver a esa trampa para ratas, maloliente de orina, de mierda y de muerte de todos los que, en ambos bandos, se habían sacudido la badana sin tener el empuje suficiente para ir hasta el descallo, Douaumont antes que Verdun.

Que la Madrecita que también protege a los golfos sea siempre alabada: nunca había tenido que ir con los primeros, a riesgo de hacerse destripar por el precedente inquilino, y tenía al menos el consuelo de que nunca nada podría ser peor, ni en este mundo ni en ningún otro. Pero se equivocaba al imaginar que la maldad humana tiene un límite: lo peor es que se dedica a inventar con gusto otras maldades.

En diciembre, después de seis breves días llamados de descanso, durante los que no podía oír caer un tenedor sin pegar un brinco hasta el techo, ocupados enteramente, para rehacer la moral, en tareas de cuartel, le habían llevado a él y Ange, con toda su impedimenta y un regimiento obligado a buscar reclutas en las maternidades, hasta las orillas del Somme, a un sector agotado de tanta matanza y que se de-

cía tranquilo, pero donde entre dos diluvios, de artillería, sólo era cuestión de vencer o morir en una ofensiva inminente, un asalto total y definitivo que no pararía en gastos. El cocinero de campaña —un hombre al corriente— había advertido a los muchachos que lo sabía por el enlace, sincero como un capullo, de un ayudante de campo austero en palabras vanas, que a su vez lo había sabido por boca de su coronel, que había sido invitado al baile ofrecido por el general y la generala para celebrar sus bodas de sangre.

Él mismo, Ange, el pobre chavalín de Marsella, el niño perdido de la rue Loubon, incluso siendo el más tarado de la clase, bien veía que las ofensivas sólo rimaban con contraofensivas, y finalmente, como cualquiera antes que él, se había rendido a la evidencia de que aquella guerra no acabaría nunca simplemente porque nadie era capaz de derrotar a nadie, a menos que se decidieran a tirar armas y cañones al basural más cercano y arreglar el asunto con palillos de dientes. O mejor aún, a cara o cruz. Uno de los desgraciados que iban delante de él, el segundo de la triste fila, un cabo al que apodaban Six-Sous porque se llamaba Francis, durante el proceso con sentencia conocida de antemano había hablado de la utilidad de las ofensivas y las contraofensivas y de la inconsiderada proliferación de cementerios, incluso había echado en cara a los jueces con galones una cosa terrible: desde hacía más de dos años los ejércitos de ambos bandos se habían enterrado a lo largo del frente, pero si cada uno se hubiera vuelto tranquilamente a casa dejando la trinchera vacía no hubiera cambiado nada —«me oyen: nada»—, se estaría exactamente en la misma situación en los planos de Estado Mayor que después de las hecatombes. Quizás el cabo Six-Sous no era tan inteligente como para salvarse de morir fusilado, quién sabe. Desde luego, Ange no lo sabía.

Después de haber enviado en vano una súplica a su jefe de batallón para que le devolvieran a su querida celda de la cárcel de Saint-Pierre, y otra idéntica —hasta en las faltas de ortografía— a su diputado del departamento de Bouches-du-Rhone, ambas escritas con lapicero de tinta mojado en un cuartillo de agua salada porque detestaba ponerse en los labios el color violeta y porque ya hacía tiempo que no le quedaban lágrimas, había maquinado todo tipo de estrategias ingeniosas y crueles, con la única esperanza de palidecer aún más de lo que estaba al cabo de aquellos meses: cadavérico, macilento, gris agonía.

Diez días antes de aquella Navidad que se imaginaba iba a ser la de su libertad, en la hora turbia del crepúsculo, después de unas cuantas jarras de vino y de furiosas dilaciones, había llegado a convencer a uno más tonto que él —un farsante de notaría de Anjou que sólo quería volver a casa para sorprender a su mujer en medio de una orgía— de dispararse mutuamente una bala en la mano derecha, para que el episodio resultara más creíble. Así pues, los dos juntos, en una cuadra donde los caballos enloquecían con sólo oler la carnicería que se avecinaba, a varios kilómetros de un frente donde nada sucedía, lo habían hecho con poca maña, con voluntad incierta, jurándose lealtad, como los niños que buscan tranquilizarse en la oscuridad pero se asustan de sus propios gritos. Ange, el 7328, había apartado rápidamente la mano de la boca del fusil y había cerrado los ojos en el último segundo, porque todo su ser se rebelaba contra la palabra dada. Ahora le faltaban dos falanges del dedo anular y un trozo del dedo corazón, pero el otro individuo había recibido el tiro en pleno rostro, el pobre tonto, y los caballos, desbocados y rompiéndolo todo para escapar de allí, le habían hecho papilla.

Sí, el cuarto de los cinco condenados arrastrados hasta allí iba andando en el barro porque aquél era su lugar para contemplar de frente la mala suerte, aquel laberinto en la nieve, pero ya había andado demasiado, estaba demasiado fatigado para defenderse y lo único que quería era dormir, estaba seguro de que se dormiría en cuanto le ataran al miserable poste y le vendaran los ojos, y nunca sabría lo que había pasado al fin de su vida: Anjou, fuego, fuego en la chimenea, nariz de pato, pato de charca, estoy harto, malabar, barro de trincheras, de donde se iba extrayendo con la cabeza gacha, los hombros oscilantes, para avanzar aún más lejos hacia el reflejo del anochecer, estaba harto.

Cuidado con el hilo.

El quinto, el último soldado con los brazos atados a la espalda era un Pipiolo, mote de la quinta de 1917, y le faltaban cinco meses para cumplir veinte años. Sin embargo, había estado más días en el frente que el polichinela tambaleante y miserable que iba delante de él, y si la imaginación podía añadir algo, había pasado todavía más miedo.

Tenía miedo de la guerra y la muerte, como casi todo el mundo, pero también tenía miedo del viento que propagaba los gases, miedo irracional de sí mismo, miedo del cañón de los suyos, miedo de su

propio fusil, miedo del fragor de los obuses, miedo de la mina que estalla y se traga una escuadra, miedo del reducto inundado que te ahoga, de la tierra que te entierra, del mirlo despistado que pasa su sombra súbita delante de tus ojos, miedo de los sueños en que uno acaba siempre destripado en el fondo de un cráter, miedo del sargento que arde de ganas de saltarte la tapa de los sesos porque ya no se aguanta andar gritando, miedo de las ratas que esperan y vienen para olisquearte como aperitivo antes de que te duermas, miedo de los piojos, de las garrapatas y de los recuerdos que te chupan la sangre, miedo de todo.

Antes de la matanza no era el de ahora, sino todo lo contrario: se subía a los árboles, trepaba al campanario de la iglesia, se atrevía contra el océano en el barco de su padre, siempre voluntario en los incendios forestales, llevaba a puerto las chalanas dispersadas por la tempestad, era intrépido y generoso con su propia juventud, y daba a los suyos la imagen de quien siempre esquiva a la muerte. Incluso en el frente, en los primeros tiempos, había sido un bravo. Pero después hubo un obús, uno más, demasiado, aquella mañana delante de Buscourt, apenas a unos kilómetros de la trinchera donde en aquellos momentos chapoteaba en el fuego. No le había alcanzado la explosión, aunque la onda expansiva lo había lanzado por los aires. Pero cuando se levantó se halló cubierto de sangre de un camarada, completamente cubierto de sangre y de carne irreconocible, la sintió hasta en la boca. Escupió horrorizado, aulló. Sí, aulló en el campo de batalla, a las puertas de Buscourt, en Picardía, se desgarró el uniforme y lloró. Le trajeron desnudo. Al día siguiente recuperó la calma. A veces experimentaba un temblor sin motivo, eso era todo.

Se llamaba Jean, aunque su madre y los demás, allá en el pueblo, le llamaban Manech. En la guerra era simplemente el Pipiolo. En el brazalete de su muñeca sana llevaba la matrícula 9692 de un banderín de reclutamiento del departamento de las Landas. Había nacido en Cap-Breton, desde donde se divisa Biarritz, pero la geografía no era el punto fuerte de los ejércitos de la república, y los de su sección pensaban que venía de Bretaña. Desde el primer día había renunciado a sacarles de su error. No le gustaba llevar la contraria, prefería pasar inadvertido para evitar las discusiones estériles y no le iba mal: cuando perdía el macuto o alguna pieza de su fusil, siempre encontraba un veterano que le ayudaba a arreglárselas, y en la trinchera, sal-

vo ese sargento que le tenía manía, sólo le pedían que se pusiera a resguardo y que tuviera cuidado con el hilo.

Pero allí estaba el miedo que había invadido todo su ser: el presentimiento de que nunca volvería a ver su casa, ni obtener el permiso que le habían prometido y que ya no esperaba. Y también estaba Matilde.

En septiembre, para volver a ver a Matilde, atendió los consejos de un Maria-Luisa, el apodo de la quinta de 1916. Se tragó una albóndiga empapada de ácido pícrico. Se puso malo hasta vomitar por los pies, pero cualquier matasanos sabía distinguir una ictericia falsa antes de haber aprendido a leer, y le sometieron a consejo de guerra en su batallón. Le trataron con la indulgencia que merecía su edad: dos meses de prisión condicional, pero adiós a los permisos, a menos que redujera la pena haciendo prisionero al káiser Guillermo él solito.

Después llegó noviembre, delante de Peronne, tras diez días sin relevo bajo los insultos del maldito sargento y bajo la lluvia, la lluvia, la lluvia. Ya no podía más y atendió los consejos de otro Maria-Luisa, todavía más inteligente que el primero.

Estando de guardia en la trinchera una noche de lejano cañoneo, con el cielo empapado, él, que no fumaba, había encendido un cigarrillo inglés, porque se apagan menos tontamente que los de tabaco negro y lo había levantado por encima del parapeto, protegiendo con los dedos la pequeña brasa roja, y así se había quedado un buen rato, con el brazo levantado, el rostro contra la tierra empapada, rogando a Dios, si todavía existía, que le concediera una bonita herida. La lluvia acabó con la brasa roja y él lo intentó con otro cigarrillo, y luego con otro, hasta que un tipo de enfrente comprendió al fin, con los prismáticos, lo que le estaban pidiendo. Se las había tenido que ver con un buen tirador, o bien los alemanes, tan comprensivos como los franceses en casos parecidos, habían llamado uno, porque bastó con una bala. Le arrancó la mitad de la mano y el cirujano cortó el resto.

Para coronar su desgracia, cuando sonó el estampido, que no inquietó a los que andaban en sus ocupaciones ni despertó a los demás, el sargento no dormía. El sargento no dormía nunca. En el amanecer mojado, todos los hombres, incluso los cabos, incluso los camilleros que acudieron para nada porque el herido bien podía andar, habían suplicado al sargento que olvidara la historia, pero éste no quiso saber nada, y dijo con el acento testarudo del Aveyron y lágrimas de ra-

bia en los ojos: «¡Callarse, mierda, callarse! ¡Quién soy yo si deajo pasar una cosa parecida! Y si todo el mundo hiciera lo que ese cabroncete, ¿quién iba a defender la posición, quién la iba a defender?»

Al Pipiolo, en su segundo consejo de guerra, el del cuerpo de ejército esta vez, le defendieron lo mejor posible. Incluso tuvo la suerte, le repetían, de que habían suprimido la corte marcial, si no, le habrían fusilado sobre la marcha. El comisario había designado de oficio a un abogado de Levallois para que les asistiera, a él y a otros tres de su edad, un capitán de artillería, un hombre bueno que ya había perdido a un hijo en Eparges y repetía que con eso ya bastaba. Para los tres primeros, los jueces habían escuchado al abogado, pero no para el cuarto. No para un símbolo de la cobardía, ejemplo tan pernicioso que podía contaminar a todos los reclutas de una división. Ninguno de los jueces accedió a firmar el recurso de gracia.

Los males del hombre, a fuerza de hincharse, acaban a veces en la nada antes que ellos. Después de recibir el mazazo de la sentencia, cuando se hallaba acostado en un vagón de transporte de ganado con otros catorce que tampoco sabían adónde los llevaban, algo en el Pipiolo reventó dulcemente, como un absceso monstruoso, y después ya no tuvo conciencia, salvo en breves sobresaltos de desconcierto acerca de lo que acababa de vivir, la guerra, su brazo manco, el silencio de los hombres de barro formados a su paso y todas esas miradas que se apartaban de la suya, porque la suya era dócil, confiada, insostenible, y su sonrisa era la mueca de un niño demente.

El último de los cinco soldados que iban a ajusticiar sonreía de manera extraña, tenía los ojos azules y el cabello negro, las mejillas sucias pero casi imberbes. Su juventud le ayudaba, porque se fatigaba menos que sus compañeros en las trincheras inundadas. Sentía un bienestar animal hundiéndose en el barro, con el frío en la cara y en los oídos los gritos y risas de las noches de otro tiempo: salía de la escuela y regresaba a su casa por el camino de las dunas, entre el lago y el océano, durante aquel invierno en que nevó en todas partes, y sabía que *Kikí*, el perro, saldría a su encuentro en los reflejos de poniente; tenía hambre, ganas de una rebanada de pan con miel y de un gran tazón de chocolate.

Alguien dijo que tuvieran cuidado con el hilo.

Matilde no sabe si Manech le oía en el alboroto de su infancia, en el estrépito de las grandes olas en que se sumergía a los doce años,

a los quince años, colgada de él. Tenía dieciséis cuando hicieron el amor por primera vez, una tarde de abril, y habían jurado mutuamente que se casarían cuando él volviera de la guerra. Tenía diecisiete cuando le dijeron que le daban por desaparecido. Lloró mucho, porque la desesperación es hembra, pero no más de lo necesario, porque la obstinación es hembra también.

Quedaba ese hilo, remendado donde se iba desgarrando, serpenteando a lo largo de todas las trincheras, de todos los inviernos, arriba y abajo de la trinchera, a través de todas las líneas, hasta el oscuro reducto de un oscuro capitán que le transmitía órdenes criminales. Matilde lo ha atrapado. Lo tiene en la mano todavía. Le sirve de guía en el laberinto del que Manech no volvió. Cuando se rompe, ella lo anuda. Nunca se desanima. Cuanto más tiempo pasa, más se afianza su confianza y su atención

Y además, Matilde es dichosa por naturaleza. Se dice a sí misma que si ese hilo no la lleva a su amante, no importa, no es grave, siempre podrá ahorcarse con él.